

de las más lucidas campañas que se han levantado en la Nueva España, de la cual fue por alférez Juan Francisco Suriano y por sargento Miguel de Legar.

Y siendo ya tiempo de partir llamólos el virrey a todos y haciéndoles un discreto parlamento, les encargó el negocio a que los enviaba, la paz y unión entre todos y la obediencia y respeto a los mayores y en especial a los religiosos, en quien él tenía puestos sus ojos y la esperanza del buen suceso del viaje que iban a hacer; y desde allí repartió la gente como había de ir en los navíos y se partieron el general y los religiosos y capitanes de Mexico, a 7 de marzo, día de Santo Tomás de Aquino y llegaron a Acapulco, puerto donde se habían de embarcar, día de san Joseph, que fue a veinte del dicho mes, del dicho año de 1602.

CAPÍTULO XLVII. *En el cual se trata de cómo salieron de el puerto de Acapulco la nao capitana, llamada San Diego y la almiranta, llamada Santo Tomás y la fragata Tres Reyes, para hacer el descubrimiento, y de la derrota y camino que llevaron*



STANDO TODAS LAS COSAS APRESTADAS para el viaje y puestas a punto, habiendo los religiosos administrado los sacramentos de la confesión y comunión a todos los que iban al dicho descubrimiento, el general echó bando que todos se embarcasen a los navíos, según él los había nombrado y señalado; y estando todos recogidos y embarcados la capitana, almiranta y fragata dieron las velas al viento y salieron de el dicho puerto de Acapulco, en cinco de mayo de el año de 1602, domingo, a las cuatro de la tarde, día de el glorioso martir San Ángelo, de la orden de Nuestra Señora de el Carmen, y llevaban en su seguimiento un barco luen-go para entrar con él en las bahías y ensenadas y acudir a lo que se ofreciese. Estando ya dos léguas apartados los navíos de el puerto, se comenzó la navegación y se tomó la derrota y camino al norueste, que es entre el poniente y el norte, por correrse toda la costa por este rumbo.

En toda esta costa reina casi todo el año el viento norueste y es el costanero que allí más se reconoce, y como rey de ella fue siempre estorbo e impedimento a esta jornada, desde que salió de Acapulco hasta llegar al cabo de San Sebastián, que es más adelante de el Cabo Mendocino y duró el viaje hasta llegar allí nueve meses continuos de navegación, en los cuales padeció esta armada los trabajos que iré contando. En este trabajoso viaje, como lo podrá ver quien con atención lo leyere, que sólo me mueve a escribirlo el deseo que me queda de la conversión de las infinitas ánimas de infieles que hay por toda aquella tierra firme; y para que se entienda, hay vivos españoles que hacen cosas tan grandiosas y dignas de memoria como los de los tiempos pasados para que sus trabajos sean premiados y otros

con su ejemplo se esfuerzen a servir a su majestad y se animen para que se extienda cada día más nuestra santa fe católica.

Digo, pues, cómo luego fue el viento contrario, porque era diametralmente opuesto al viaje que se iba haciendo para poder pasar adelante, se dio en navegar por la bolina, bordeando de una vuelta y otra que es un trabajo insoportable e insufrible y si el viento es recio y las corrientes de la mar no ayudan, en lugar de ir adelante se torna a desandar lo andado; mas fue Nuestro Señor servido que las aguas fuesen favorables, ya que el viento era contrario; y así poco a poco llegó esta armada al puerto de la Navidad, un domingo que se contaron diez y nueve de el dicho mes de mayo, a las cinco de la tarde. Aquí fue forzoso tomar puerto, porque las naos iban muy celosas, por tener poco lastre y la carga no era tanta cuanta pedían los portes y capacidades de los navíos; y la nao capitana hacía agua y para estancársela y echar el lastre que habían menester, lo cual se hizo con suma diligencia y brevedad y juntamente se tomó leña, agua y algún refresco de comida, por ser tierra de cristianos de la Nueva España. En este puerto fue donde se fabricaron las naos que descubrieron las islas Filipinas, y con las que dije se había descubierto el Cabo Mendocino. A este puerto era donde solían venir a parar las naos de la China, antes que se descubriera el de Acapulco. Es puerto muy bueno y de mucha madera y de lindísima comarca, muy abastecida de ganados y bastimentos. Remediada la necesidad dicha, el martes siguiente, a las dos de la noche, que se contaron veinte y dos de el dicho, salió dél esta armada y prosiguiendo su navegación, con el trabajo que hasta allí, llegó esta armada al Cabo de Corrientes, día de Pascua de Espíritu Santo, que fue a veinte y seis de el dicho, y reconocida la tierra, pasó adelante corriendo la costa y llegó a dos del mes de junio a las islas de Mazatlan, en domingo a medio día. Éstas son dos islas medianas, juntas, que entre ellas y la tierra firme se hace un buen puerto y en él desagua un caudaloso río que viene de la Nueva Galicia. En este puerto fue donde el inglés don Tomás Candisch dio carena a su navío en el interin que aguardaba las naos de la China para robarlas; aquí tomaron puerto la nao capitana y almiranta por aguardar a la fragata que, al salir de el puerto de la Navidad, se habían apartado de ella, mas ya estaba en el río la fragata dentro de el dicho puerto. Saltaron en la una de las islas el general y almirante y los religiosos y otros de los capitanes entretenidos y hallaron infinito número de alcatraces que crían en ella y era en tiempo que aún los pollos nuevos no volaban y su sustento es de sardinas y de otros peces de menor cuantía. Son estas aves a modo de gansos muy grandes, el pico es de más de una tercia y las piernas son largas como de cigüeña, y la hechura de el pico y patas como de ganso; tienen estos animales o pájaros un grandísimo buche, que en algunos cabe casi una botija perulera de agua y en él recogen, como en una bolsa, lo que mastican, para traerlo a sus hijos y lo echan en el suelo unido, como quien vomita, para que sus hijos se sustenten; son entre sí aves muy socorridas y se ayudan unas a otras, como si tuvieran uso de razón, porque si alguna de ellas está enferma, coja o manca y que no puede buscar su sustento, las demás se lo

traen allí y se lo ponen delante; y esto se vio por experiencia en la isla de San Roque, como adelante diré, donde yo hallé atado un alcatraz con un cordel delgado y quebrada la una ala y al rededor de él muchos montones de sardinas muy buenas y grandes, que los demás sus compañeros le habían traído para su sustento, y era ardid que usaban los indios para tener ellos qué comer; porque en viendo que los demás alcatraces habían traído abundancia de sustento, ellos, que estaban en celada, acudían de improviso y espantaban a los que acompañaban al preso y se señoreaban de la presa (secretos de el cielo, para el sustento de el hombre); sin esto, había en esta isla muchas cabras monteses y venados y una frutilla que dio la salud a todos los que venían faltos de ella, cuando fue vuelta de viaje, como lo diré en su lugar. La tierra firme es de paz y de cristianos y llámase la provincia de Acaponeta o Chametla. Desde aquí toma principio la boca de la California por la costa de la parte de la Nueva España, y casi treinta y cuatro leguas de estas islas, a la parte de Sinaloa y Culiacan, entra el río grande, que llaman de Toluca, en la mar que allí llaman el río de Narito.

Pues como las naos hallasen aquí la fragata, luego aquel propio día tornaron a salir de allí para atravesar aquella boca o brazo de mar, entre las islas dichas y el Cabo de San Lucas, que es la punta de la tierra firme de Californias, que tendrá de travesía cerca de sesenta leguas; y fue nuestro señor Jesucristo servido, que el domingo en la tarde, que se contaron nueve de junio, llegó esta armada a reconocer la tierra de Californias; y llegándose al Cabo de San Lucas, para buscar puerto, sobrevino una neblina tan espesa, que las naos se perdieron unas a otras de vista; de suerte que la una no sabía de la otra; y así anduvieron perdidas casi día y medio y por muy poco, que no sería cincuenta pasos, la almiranta diera en unos arracifes y peñascos, si Dios nuestro señor no aclarara aquella obscuridad y tinieblas, que no duró un credo la claridad; pues sólo sirvió de dar luz para ver el peligro adonde iba a dar al través la nao; éste fue un prodigio y suceso milagroso porque si esto no fuera; allí acabarían con la nao los que en ella iban; en lo cual se entendió era voluntad de Dios se hiciese el viaje que se iba haciendo. Lo que he contado sucedió a las siete del día del glorioso apóstol San Bernabé, que fue a once de el dicho mes, y a las nueve el sol consumió un poco la niebla y aclaró un poco; de suerte que a una vista se reconocieron las dos naos, almiranta y capitana; y juntándose y hablándose, dióse orden en que se recogiesen a una bahía que había junto al dicho cabo; en la cual entraron y hallaron surta la fragata, que fue a todos de sumo gusto; y aquí tomaron puerto y les sucedió lo que en el capítulo siguiente diré.

